

## MOUSSE DE CHOCOLATE...



**P**atricio y Marisol, ya no recordaban si alguna vez en sus largas y dilatadas vidas, acaso no habían sido médicos o no habían estado casados... Eran esposos y médicos y en sus memorias, quedaba registrado que fueron desde siempre, desde chicos y desde grandes... esposos y médicos. Juntos estudiaron medicina, juntos ejercieron de médicos y juntos también, un día se jubilaron de lo mismo y a la misma edad. Pareja... en todo.

Yo los empecé a atender como médico en el geriátrico de "*medio pelo*" donde ellos, fueron a depositar lo que aun quedaba de sus vidas, en esos... los últimos días de sus últimos años.

Todavía no me explico la tremenda impresión y a que se debió. Esa desagradable sorpresa de volver a ver a ambos ancianos después de tantos años, pues ellos habían sido mis admirados profesores del primer año en la carrera de Medicina... y además, durante muchos años fueron vecinos de mi casa. El primer día en que los reconocí, llegué a mi casa y aun recuerdo a mi esposa, la cual no entendía mi pesadumbre o porqué, en esa misma noche después de cenar, necesite imperiosamente buscar en el diccionario, la palabra "jubilación".

Y entre esas paginas pletóricas de monótonas palabras, encontré que exponía claramente al vocablo que yo buscaba. Jubilación, era la acción de eximir a alguien del servicio laboral, generalmente por razones de ancianidad y además, el diccionario agregaba que esa situación, permitía disfrutar de una renta en pesos. E incluso más abajo, otra palabra parecida, denominada Jubileo, se proclamaba sinónima de otras aún más bellas palabras, como alegría y festividad. Saqué como conclusión, que jubilación y jubileo hundían sus raíces en las expresiones alegría y festividad...

Pero me sonreí amargamente y salí a caminar en los fondos de mi casa, donde me quedé mirando el estanque con peces de colores y plantas acuáticas, bajo el cielo estrellado de aquella noche de primavera. La realidad anterior de esos ahora ancianos, había sido muy distinta al presente de miseria en que vivían... y eso, me costaba demasiado digerir.

Meditaba en muchas cosas, cuando se acercó mi esposa para alimentar a los peces y luego, se sentó a mi lado. Me contó con lujo de detalles, la historia de nuestros ex vecinos... Yo me iba temprano a trabajar y regresaba tarde, por lo que los pormenores del barrio, los conocía poco y nada...

Al poco tiempo de jubilarse ambos galenos, habían comenzado con todo tipo de problemas de orden físico y económico... Además de sufrir en carne propia los embates punzantes de la miseria que cobraban, padecían hasta lo indecible cuando debían permanecer de pie durante varias horas, en la larga y enorme fila del apático e impersonal Banco Nacional, donde les tocó en suerte ir a percibir sus magros haberes. A veces madrugaban y acompañados por el frío y otros arrugados viejitos, aparecían recortados como sombras desteñidas, perdidos en las solitarias y oscuras calles que conducían hasta ese Banco, buscando un turno entre los primeros cuasi mendicantes. Entre dolores lacerantes de las piernas y nauseabundos mareos, meditaban en ese injusto y obligado final de tantos años de esforzados sacrificios, donde ahora solo recibían unos magros pesos.

Tratados con ese sutil desprecio burocrático en que se especializan muchos empleados y vigiladores de Bancos, demasiado hábiles para manejar rebaños y manadas, pero incapaces de hacer sentir humano a un pobre anciano, esos viejos parecían compartir la desgracia de seguir con vida luego de superar la edad jubilatoria. Era como si estuviesen obligados a padecer como castigo inevitable, el sentirse repulsivos residuos humanos o ridículas basuras inservibles...

Un hombre y una mujer. Un médico y una médica, que formaron camadas y camadas de médicos. Pero ahora jubilados. Jubilados sometidos a humillaciones crueles, fruto del accionar de esos Bancos, que muy poco intentan mejorar esas formas tan engorrosas de pagarles unos insuficientes pesos. A veces algún cajero con vocación de verdugo, incluso se quedaba con algunos pesos o centavos de esas magras jubilaciones y pensiones, según lo permitiese el Alzheimer o la arteriosclerosis del pobre viejo o de la pobre vieja, que asomaban sus cabezas por la ventanilla de la caja.

En verano, resultaba demasiado común que alguno de ellos cayese desmayado bajo el inclemente sol, quedando tendido en el suelo, ante la mirada resignada de cientos y cientos de viejitos, que ni siquiera se movían de la fila para ayudarlos, por temor a perder sus turnos en la cola.

Cuando Patricio y Marisol salían a caminar tomados de la mano, observaban con envidia a la turística ciudad, pues se llenaba de ancianos extranjeros, disfrutando de alegres días en el ocaso de sus vidas. Contrastes horribles de una humanidad que según el lugar de nacimiento, tendrá un buen o un mal lugar, para hacer morir a sus venerables o inservibles viejos. Ellos se consolaban comiendo – cuando podían – *mouse de chocolate*. Ella era fanática y se le notaba espléndidamente feliz, cuando podía comerlo...

Patricio y Marisol tuvieron familias y tuvieron amigos. Pero cada vez más, a medida que fueron pasando los años... fueron tomando más y más seguido el café y el anís que se sirve en los velorios... pues sus amigos se marchaban. Y ellos, se quedaron solos...

Vergonzoso y humillante resultaba el trato que se les daba a esos desvalorizados ancianos y charlando con ellos, se notaba el horror de la tragedia que los cubría desde que eran jubilados. Ominosa, era la mejor palabra que definía la situación de esos pobres gerontes,

quienes después de construir una sociedad con sus labores, sus conocimientos, experiencias, sudores y sangre, recibían como recompensa esa vergüenza transformada en sueldos de miseria y abandonos.

Y cuanto más pasaron los años, más se hizo evidente que eran los rostros ocultos del hambre, la miseria y la injusticia social, arrastrando el dolor de la tristeza, de perder hasta el último de sus ahorros de toda una vida, en el celebre “corralito bancario”, que arrasó hasta con la última esperanza que aún podían albergar...

A duras penas sobrevivían él y su mujer con esos pocos pesos, que solo les alcanzaba para una única y escasa comida por día... Algunos de sus pocos amigos que aún sobrevivían como ellos, debían pagarse un alquiler o estaban enfermos y no les alcanzaba para pagarse los medicamentos, o ni siquiera les alcanzaba para viajar en colectivo.

Y coronando el patético cuadro, sus familiares más cercanos - una hija y un hijo adoptados por piedad -, no eran mucho mejores que los políticos y funcionarios que se olvidaban de los molestos jubilados, pues solían maltratarlos y señalarles a cada paso, que eran un verdadero estorbo y que ni soñaran en convivir con ellos. Ni Patricia ni Marisol - por más que se esforzaban -, recordaban como y cuando habían firmado el traspaso de su casa, a manos de sus hijos adoptivos...

– *Hoy – me seguía contando mi mujer -, ya no se los ve en las colas del Banco Nacional, del pan o de la leche, o pagando algún impuesto, pues se que marcharon exilados hacia esos tétricos geriátricos.*

Geriátricos... húmedas bodegas de viejos que reciben a ese tipo de chatarra, expulsados sin piedad y eyectadas del frenético sistema. Juntos, muy juntos, comiendo dos veces por día, en un cuarto de cuatro camas para él y de tres, para ella. Él, en el primer piso y ella, en planta baja. Pero ambos, entre irritantes cucarachas, olores de orinales y humedades, de la más tristes...

Algunos colegas, especialmente los médicos de más o menos mi edad, que trabajaban conmigo en el geriátrico y que también los habían tenido como profesores, al mirarse en los rostros de esos dos frágiles ancianos, descascarados ante el peso envejeciente de los tiempos, sentían un inevitable escalofrío que los recorría lento y asfixiante, tensándolos desde sus cabezas hasta los pies. Al contemplarse en las caras de esos dos ancianos médicos, veían desfilar fatalmente a sus vidas, en un futuro no demasiado lejano, como si se viesen reflejados en una muda sequedad y entre las caprichosas arrugas de la piel reseca.

Patricio a pesar de todo, se mantenía muy lúcido. En un cuaderno en el que a veces registraba algunos de sus pensamientos, escribió con notable lucidez: *“Recién ahora entiendo el porque de esa aliviadora falta de conciencia, que inunda a los cerebros de la gente de mi edad, que los aturde y les hace no darse cuenta de tanto drama despiadado, drama que termina envenenando el alma central de tantos y tantos viejos. Con ese manto piadoso de inconsciencia, se nos atemperan las angustias infinitas y los dolores*

*insondables que pre anuncian el egreso nuestro de este mundo... pero yo sigo lúcido y mi mujer se va. Ya no lo entiendo al mundo ni me importa; se ha tornado demasiado complejo y difícil para mí. A esta altura de mi vida, veo la muerte como un descanso, como una salida...pero no quiero que mi esposa o yo suframos más. Estoy cansado..."*

Marisol, cada día se alejaba más y más de la realidad del mundo. El Alzheimer le hacía estragos... y Patricio, se sentía cada vez más solo. Él sufría cada vez más por ella y por él. Y ella... cada vez menos por los dos.

Cuando ingresé a la habitación de ella, ambos estaban muertos. Encontré el frasquito con cianuro, en la mano izquierda de él. Ella, tenía una porción de *mousse de chocolate* entre sus manos, a medio terminar...

